



la página de SERGIO VODANOVIC

MIS DOS primeras obras de teatro son "El senador no es honorable", un drama, y "Mi mujer necesita marido", un vodevil. Una me dio prestigio. La otra, dinero. Quienes me quieren bien, tratan de olvidar mi segundo estreno, como si él hubiera sido un mal paso. En cambio, quienes no me quieren, lo suelen recordar regocijados, como si el vodevil fuese un pecado inexpurgable.

Una obra de teatro o una película que pretenda tan sólo hacer reír es de inmediato descalificada, se le considera superflua, frívola y de menor valor. No obstante, cuánto más difícil es que el espectador ría a que el espectador lloré; cuánta mayor destreza y talento hay que emplear para concitar una sonrisa que para sólo emocionarla.

No recuerdo una sola película cómica que haya obtenido el Oscar; en cambio, la lista de las premiadas está repleta de dramones lacrimógenos. Y, sin embargo, cuando se quiere dar un solo nombre que represente lo mejor

LA DECADENCIA DE LA RISA

que ha dado el cine en talento, en genio, sólo viene a la memoria la figura de Charles Chaplin.

El desprecio por lo cómico, la venida a menos de la risa, es un fenómeno contemporáneo. Shakespeare no le hizo asco a las comedias, y el pedestal del teatro francés no es Corneille, sino Molière. Y en cuanto al cine, basta ir a ver de nuevo esa antología de películas de hace cuarenta años, que se ha estado exhibiendo en los cines santiaguinos con el nombre de "Risitas y más risitas", para darse cuenta de que algo extraño ha sucedido en el devenir de la cinematografía, que nació y se hizo popular entre carcajadas.

Parafraseando a Rubén Darío, uno podría preguntarse: ¿Qué tendrá el cine, que está triste, que ha perdido la risa y ha adquirido el color? Porque, al ver "Risitas y más risitas", uno tiene necesariamente que ponerse nostálgico y recordar un pasado risueño que, al igual que las golondrinas de Bécquer, parece que "no volverá".

Tenemos cinerama, tenemos color, tenemos sexo, violencia y ciencia-ficción, pero, hoy por hoy, es más fácil reírse en un funeral que en una sala de cine.

Y O ME alcanzo a recordar de esas primeras idas al cine. No faltaba nunca la persecución loca entre policías y bandoleros, las tortas lanzadas a la cara, las caídas estrepitosas. El gordo Hardy, con su petulante prepotencia, y el flaco Laurel, con su tímida ingenuidad, se las arreglaban para arrancarnos carcajadas cada cinco minutos. Harold Lloyd, con sus anteojos de carey, equilibrándose en las cornisas de los edificios neoyorquinos, siempre a punto de caerse, y cuando al final se caía, era para atravesar la Tierra entera y emerger en plena China. Ben Turpin, ese bizco imposible, que con su sola cara hacía reír, o Charlie Chase, impecable siempre, pero, a pesar de eso, dispuesto a ser el que recibiera las bofetadas.

No era posible, en ese tiempo, salir de la sala de cine sin un dolor. Dolor de cabeza por el estrépito de las carcajadas, una tras otra; de estómago, de tanto reírse, con una risa visceral que nacía del vientre o, el mejor de todos, el dolor de pies, el que sólo producían las películas en que uno se desternillaba de la risa y tenía que patear el suelo de tanto reírse, porque, si no lo hacía así, corría el peligro de rodar por los pasillos.

¿Cuánto tiempo hace que a nadie le duele nada después de una función cinematográfica?

CUANDO LAS películas principiaron a hablar, se inició la decadencia del género cómico. Pero en su reemplazo surgió la comedia sofisticada y, con ella, la sonrisa se sobrepuso a la carcajada. William Powell, Mirna Loy, Melvyn Douglas y Joan Blondell fueron fieles exponentes de un humor sutil, que ya no empleaba la farsa desatada de otrora, sino que descansaba en un diálogo chispeante e ingenioso. Fue la época en que un director, Ernst Lubitsch, creó una forma de sonreír que nunca ha podido ser superada.

Curiosamente, el humor emprendió las de Villadiego en los écran cinematográficos, junto con la iniciación de la era de las películas "adultas", aquellas en que la nueva industria emergente —la televisión— no podía competir. Y es curioso, porque no es dable encontrar un rasgo que caracterice más al hombre adulto que el humor. Violencia, sexo y llanto son elementos primarios en el ser humano. Más aún,

¿El gordo y el flaco?



ellos son compartidos por todo el reino animal. Pero el humor, la capacidad de reír y sonreír, es privativo del "mono lampiño", como denomina al hombre el zoólogo Desmond Morris.

Y si se trata de hacer un cine de denuncia o de crítica, no hay que olvidar que la mejor crítica es la de exponer el ridículo, y la más penetrante denuncia se envuelve en la ironía.

"RISAS Y MAS RISAS" es un testimonio de cómo era el cine cuando en él reinaba la imaginación, cuando la perfección técnica no ahogaba al talento, cuando nadie se avergonzaba de hacer reír ni de reírse.

Acaso el signo más aparente de la diferencia entre la cinematografía de ayer y la de hoy está en la popularidad de las parejas cinematográficas. Hace treinta años, la pareja más popular era la de Stan Laurel y Oliver Hardy. Hoy, la que componen Richard Burton y Liz Taylor.

Entre las dos, yo me quedo con la que formaban el Gordo y el Flaco.

Al menos, uno de los dos no era rollizo.



¿O la señora y el señor rollizos?